



Murcia. Introducción literaria

Mariano Baquero Goyanes

¿Literatura murciana o literatura en Murcia? △▽

Tarea previa, sin la cual no sería posible adelantar un solo paso, es la de discutir o, al menos, plantear el tema de qué cabe entender por *literatura murciana*. La cuestión puede parecer harto bizantina, casi un viejo pleito relacionable con las preocupaciones que por los años treinta sentían los defensores del llamado «método geográfico», aplicado a la literatura. En 1931 y con ocasión de la V Asamblea General del Comité Internacional de Ciencias Históricas, se celebró en Budapest un I Congreso Internacional de Historia Literaria, centrado en torno a la problemática de *Los métodos de la Historia Literaria*¹. En tal Congreso Josef Nadler presentó una comunicación sobre *Literatur, Rasse, Volk (Literatura, raza y pueblo)*, que venía a constituir una justificación y defensa de ese «método geográfico». Los principios allí sostenidos fueron aplicados por el propio Nadler en su *Literaturgeschichte der deutschen Stämme und Landschaften (Historia literaria de los pueblos y regiones alemanes)*. ¿Suena hoy todo esto a agua pasada? ¿Cabe creer en la fuerza caracterizadora de ciertos rasgos locales, a la hora de presentar el panorama de una literatura nacional a través, precisamente, de un reticulado regionalista?

En lo que atañe al caso concreto de la literatura en Murcia, creo que sigue teniendo validez lo señalado en 1877 por una de las figuras más destacadas en la historiografía artística y literaria de la región, Andrés Baquero Almansa. Al estudiar la evolución de la literatura en Murcia desde Alfonso X a los Reyes Católicos, Andrés Baquero consideró oportuno abrir su trabajo con unas consideraciones semejantes a las que ahora, nos ocupan. Conviene, pues, transcribir aquí lo sustancial de las mismas:

«Para afirmar la existencia de una literatura particular, no

basta poder reunir una colección más o menos numerosa de noticias referentes a los escritores y las obras literarias de una localidad o comarca determinada, si no tienen entre sí más lazo de unión que el haber nacido los autores y haberse las obras escrito dentro de una misma demarcación geográfica. Se necesita que obras y autores lleven impreso cierto sello característico, como un parecido de familia, que a la vez los distinga, aunque no los separe, de los demás. Y se necesita que en todo el curso de su historia se vea como sobrenadando una idea madre, generadora, que dé unidad al vario conjunto de sus manifestaciones particulares, si bien las diversas corrientes y fluctuaciones de los tiempos la hayan ido naturalmente modificando.

Puede decirse con propiedad dentro de la literatura española: *literatura catalana* o *literatura gallega*, *historia de la escuela poética sevillana* o *de la salmantina*. ¿Podría decirse con igual propiedad: *Historia de la literatura murciana*?

No vacilo en contestar que no; si bien respetando en lo que vale el parecer de algún escritor murciano², a quien sin duda el cariño de su patria le ha hecho descubrir ciertos rasgos de familia muy marcados entre Jacobo de las Leyes, el canciller Ayala³, Almela, Pérez de Hita y Cascales; rasgos que, francamente, yo no acierto a ver ni aun en los trozos rebuscados de intento por el escritor aludido⁴.

Contra ese riesgo habrá que estar siempre prevenidos: contra el intento de establecer forzadas y arbitrarias conexiones entre escritores muy dispares para, a su través, obtener algo así como el común denominador de lo que sería, literariamente, lo murciano. Contentémonos, pues, con hablar, según lo hacía en 1877 Andrés Baquero, de «*literatura en Murcia* y no de *literatura murciana*»⁵; habida cuenta de que ni tan siquiera ese concepto puede tomarse «en su sentido estricto», ya que escritores no nacidos en Murcia bien «pudieron influir marcadamente en el desarrollo de sus letras y su cultura»⁶.

Si a esto se agrega el que las siguientes páginas estarán dedicadas no sólo a la literatura producida en Murcia, sino también a la de la vecina provincia de Albacete, se comprenderá lo impropio e inútil que resultaría afanarse por montar un cuadro en el que se redujera a artificiosa unidad un muy dispar conjunto de expresiones literarias; tan variadas como puedan serlo, en todos sus aspectos, los panoramas geográficos, paisajísticos, humanos, etc., de esas dos provincias aquí tenidas en cuenta.

Sobra advertir que lo que se ofrece al lector en las siguientes páginas poco tiene que ver con los catálogos o inventarios al uso de escritores regionales, tan útiles y conocidos, en el caso que nos ocupa, como el de escritores de Albacete de Andrés Baquero Almansa, o el de Murcia de Pío Tejera y Justo García Soriano⁷. Discúlpense,

pues, las ausencias en gracia al carácter sintético y abreviado de un empeño como el presente. Quien busque el detalle o el preciso y completo trazado histórico, que acuda a los citados catálogos o a las habituales historias de nuestra literatura. Lo aquí ofrecido no pretende ocupar el lugar de unos y otras. Su carácter de información complementaria a la proporcionada por otras secciones de esta obra, puede explicar el tono y enfoque elegidos, a la hora de valorar en qué medida las provincias aquí tenidas en cuenta enriquecieron, con sus creaciones literarias, las del conjunto de la nación.

La obra enciclopédica de san Isidoro



Se acepte o no la tesis de Américo Castro sobre «la no hispanidad de los visigodos», parece legítimo en el contexto en que ahora nos movemos prescindir de toda esa problemática y abrir la relación de grandes figuras de la literatura en Murcia con el recuerdo de san Isidoro (560-636). Se le conoce como san Isidoro de Sevilla, no sólo por haber sido obispo de dicha ciudad, sino también por su posible nacimiento en ella, en el sentir de algunos biógrafos. Otros, en cambio, como Antonio Beltrán, sitúan su nacimiento en Cartagena⁸. De allí era su padre, un noble llamado Severino, militar o alto funcionario⁹, y en Cartagena se le sigue actualmente considerando como ilustre hijo de la ciudad, junto con sus hermanos san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina.

La amplitud, el carácter enciclopédico de la obra isidoriana permiten inscribirla en la línea del que Santiago Montero Díaz considera «un esfuerzo constante por ordenar y reunir la ciencia antigua, cristianizándola, reduciéndola a unitaria enciclopedia»¹⁰. El ingente entramado cultural que supone la totalidad de la producción isidoriana - clasificada por Santiago Montero en obras de carácter religioso, filosófico, científico, histórico y literario- había de brindar «fecundas inspiraciones al renacimiento carolingio, al humanismo otónico y a toda la vida cultural del Medievo»¹¹, hasta el extremo de que, según apunta Karl Vossler, san Isidoro fue, después de la *Biblia*, el autor más copiado y saqueado en la Edad Media. Su figura es conocida en todos los medios culturales europeos, como casi un símbolo de la pretensión universalista y cristiana propia del siglo VI. Dante aludirá a él, en un pasaje de su *Paradiso*, como «l'ardente Spiro d'Isidoro».

El elogio que de España hizo el santo en el prólogo de su *Historia Gothorum* había de convertirse en paradigma, en retórico patrón de una especie literaria muy cultivada en nuestra Edad Media y aun después: el loor, la alabanza de la patria grande o pequeña, tal y como la cantarán Alfonso X el Sabio o el *Poema de Fernán González* refiriéndose el primero estrictamente a España, y pasando el segundo desde la alabanza de todo el ámbito nacional a la del reducido «rincón» que era entonces «Castiella». Como bien dice Santiago Montero Díaz, «aquel arranque lírico de san Isidoro se convierte en una consigna de exaltación nacional y de unidad que se tienden, de siglo en siglo, los escritores de la Reconquista hasta los días del Renacimiento»¹². Queda así ligado san Isidoro, a través de su latín visigótico, a una bien mantenida tradición en lengua romance. Lo que equivale a percibir, junto al ademán universalista del escritor, su amorosa atención a la tierra que cantaba como propia.

La literatura árabe-murciana



Ese canto a la tierra natal, que, en la versión isidoriana, podría considerarse como uno de los más viejos y siempre vivos motivos poéticos, lo encontramos también en algunos de los escritores correspondientes a la literatura árabe-murciana. Házim de Cartagena (1211-1285), al pasar a Túnez, evoca en una casida los años vividos en su tierra natal.

Pero, indudablemente, la figura que más sobresale en tal período, hasta el extremo de ser considerada como la personalidad cimera de la España musulmana, es la de Mohidín Aben Arabí (1165-1240), bien conocida a través de una importante bibliografía, tanto nacional como extranjera¹³. Los títulos o sobrenombres con que Aben Arabí ha pasado a la posteridad expresan elocuentemente la altísima valoración que este escritor mereció a sus contemporáneos: vivificador de la religión (Mohidín), el doctor máximo, el hijo de Platón. Este último apelativo hace referencia a la influencia neoplatónica que parece acusar la obra de Aben Arabí, tal y como pudo recogerla a través de Aben Masarra, derivada de Plotino, Jámblico, etc.

Parece que Aben Arabí pasó su primera infancia en Murcia, hasta que sobrevino la conquista almohade, determinante del traslado de su familia a Sevilla. Allí transcurrió su juventud, entregado más a la caza y a las aficiones literarias que a la vida religiosa y a las experiencias místicas, que más adelante habrían de caracterizar su existencia. En esa mutación espiritual habían de influir decisivamente su esposa Maryam y determinados acontecimientos como la ejemplar muerte de su madre, anunciada proféticamente.

Con frecuencia se han establecido comparaciones entre las visiones y experiencias espirituales de los *sufíes* y las de los místicos cristianos. Recuérdese, por ejemplo, aquella retahíla de enfermedades que santa Teresa de Jesús padeció en su juventud, como la descrita en el capítulo V del libro de su vida: «Diome aquella noche un parajismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora o momento pensaban espirava y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera; teníanme a veces por tan muerta que hasta la cera me hallé después en los ojos». Al despertar, cuenta el padre Ribera en 1590, describió cómo había creído estar en el cielo «y había visto el infierno, y que su padre y otra monja, amiga suya, llamada Juana Suárez, se habían de salvar por su medio, y que vio también los monasterios que había de fundar y lo que había de hacer en su Orden y cuántas almas se habían de salvar por ella y que había de morir santa y que su cuerpo antes que le enterrasen había de estar cubierto con un paño de brocado». Parece que también Aben Arabí, en ocasión de una grave enfermedad que le dejó en estado letárgico e hizo creer a su familia que había fallecido, tuvo una visión en la que, asediado por figuras demoníacas, se vio libre de ellas gracias a la intervención de un ser de deslumbrante belleza, cuando su padre rezaba creyéndole muerto.

Como quiera que sea, antes de 1184 Aben Arabí ya se había introducido en las enseñanzas del *sufismo*, movimiento espiritual que suele caracterizarse como una modalidad de «misticismo musulmán», como una «iniciación a los misterios divinos o

trascendentales». Las tres vías tradicionales de la mística cristiana -purgativa, iluminativa, unitiva- parecen tener cierta correspondencia con las propias del *sufismo*: conocimiento o iluminación supraracional, el amor divino y la devoción o sumisión. De maestros a discípulos, encadenadamente, iba transmitiéndose la llamada *barakah* o influencia espiritual. Aben Arabí contó, sobre todo en Sevilla, con maestros tan importantes como Abu-l-Hachach Yusuf, de quien aprendió el poder de comunicarse con los espíritus de los muertos. Así Palacios evoca a Aben Arabí «retirándose a los cementerios, donde pasaba los días enteros en comunicación íntima con las almas de los difuntos; sentado en el suelo, rodeado de tumbas, permanecía largas horas como extático, manteniendo en voz baja conversaciones misteriosas con interlocutores invisibles»¹⁴.



Supuesto retrato de don Juan Manuel, primer adelantado del reino de Murcia.
Pormenor del retablo de la Virgen de la Leche, de Bernabé de Módena (Catedral de Murcia)

Otro de sus maestros espirituales fue Abul-l-Abban-al-Oryaní, que había alcanzado el grado superior de la jerarquía espiritual invisible. Con ocasión de una disputa mantenida con este maestro, tuvo Aben Arabí una visión en que se le apareció Al-Khádir, personaje mítico en quien -según Así Palacios- el esoterismo musulmán encarnó las tradiciones rabínicas y cristianas relativas a Elías en la tradición hebrea y a san Jorge en la cristiana, fundidas con la leyenda del Judío errante.

Esa primera época de la vida espiritual de Aben Arabí concluye hacia 1190. A partir de esa fecha el escritor inicia su increíble actividad viajera a través de todos los países musulmanes de Occidente y Oriente. Recorre Andalucía, África del Norte -Bugía, Túnez, Fez, Marraquex (donde asiste en 1198 a los funerales de Averroes)- y se encamina, al fin, a Oriente: Alejandría, El Cairo, la Meca, donde se avecina en 1201.

Fruto de las experiencias y visiones que allí tiene, es la que pasa por ser su obra maestra, las *Revelaciones de la Meca*. Viaja por Anatolia y Armenia, y acaba por fijar su residencia en Damasco, donde fallece en 1240, siendo su tumba -convertida en lugar de peregrinaciones- venerada como la de un profeta.

Citada ya su creación principal, las *Revelaciones de la Meca*, no queda sino aludir al crecido número de obras -¿cuatrocientas?, ¿quinientas?- que Aben Arabí escribió a lo largo de su vida y que comprenden diversos géneros, entre ellos libros de poemas como su *Diwan* de 1232, o epístolas con información sobre los maestros y escuelas de *sufismo*, como la contiene las biografías de cincuenta y cinco maestros.

A Asín Palacios se deben también importantes estudios sobre la posible influencia de Aben Arabí en la *Divina Comedia* de Dante¹⁵. En las *Revelaciones de la Meca* Aben Arabí nos presenta una visión de los siete cielos planetarios, a través de los cuales cabe ascender hasta contemplar el Trono de Dios, que constituye un pasaje comparable al canto XXXIII del *Paradiso* dantesco. Asín Palacios ha señalado asimismo la posible influencia de Aben Arabí en la obra de Ramon Llull. Junto a esta gran figura de la literatura árabe-murciana, aún cabría recordar, en el siglo XIII, la de Muhammad ibn Ahmed ibn Abubequer, conocido como al-Ricotí, por ser natural de Ricote. Su cultura debió de ser tan grande -Medicina, Derecho, Teología, Música, etc.- que atrajo el interés y la protección de Alfonso X el Sabio. «La consecuencia inmediata de este encuentro sería la creación de una *madrissa* o escuela árabe, en la que M. al-Ricotí enseñaría sus ideas y pericias intelectuales a musulmanes, judíos y cristianos, en árabe, latín y romance»¹⁶.

Alfonso X el Sabio: su labor cultural en Murcia △▽

La vinculación murciana de Alfonso X el Sabio (nacido en 1221 en Toledo; muerto en 1284 en Sevilla) es tan grande, que ha hecho pensar a algún erudito que la verdadera historia de Murcia empieza con este monarca: «El Rey Sabio está esencialmente unido a ella y es su primera figura. El gana a Murcia, la rehace, le da fueros, la puebla, la ama y le deja el despojo de su cuerpo». El mismo autor, Andrés Baquero Almansa, recuerda cómo fue Murcia la ciudad más fiel al monarca, incluso en los tiempos de mayor adversidad y abandono: «Por eso tuvo don Alfonso siempre mucho cariño a Murcia, y porque era "el primero lugar que Dios quiso que ganase a servicio del e á honra del rey don Fernando". La llamaba "la mejor ciudad de toda Andalucía quitando Sevilla". La colmó de favores y privilegios. Y encontrándola siempre agradecida y leal, le pagó a su muerte dejándole su cuerpo y sus entrañas, y el depósito de su corazón hasta que "ganada la tierra de ultramar" pudiese ser enterrado en el monte Calvario»¹⁷.



Arqueta que contiene los restos de Alfonso X el Sabio (Catedral de Murcia)

Alfonso X el Sabio representa justamente el enlace de esa cultura árabe que hemos visto representada en autores murcianos como Aben Arabí y al-Ricotí con el mundo cristiano. La incorporación, por ejemplo, a la *Crónica general* (1270) de la historia de Mahoma, de su visión de los siete cielos por los que va ascendiendo -paso por el fuego, encuentro con diversos personajes-, conducido por el ángel Gabriel hasta la presencia de Dios, supone, literariamente considerado, un episodio allegable a la antes recordada visión de Aben Arabí y a sus posibles repercusiones dantescas. Pero tal vez, desde el punto de vista de la estricta creación literaria, el mayor interés resida en la incorporación al mundo cristiano y a la lengua romance de la cuentística de procedencia oriental, difundida en el siglo XIII, merced a la labor cultural de Alfonso el Sabio y a su decidida aproximación al mundo árabe. De 1251 es la versión romance del *Calila e Dimna*, colección de cuentos de origen indio que, a través de una versión árabe de Aben Almocafa, pasaron a la lengua romance en traducción que se atribuye a Alfonso, cuando aún era infante. De hacia las mismas fechas, y también traducida del árabe por el infante don Fadrique, hermano de Alfonso, es otra importante colección: el *Sendebat*. En ambos libros se maneja la técnica, tan característica de los cuentos orientales -con su más expresivo «spécimen» en *Las mil y una noches*-, que suele ser llamada de los *relatos con marco*, o de la *caja china*; es decir, la presentación de los distintos cuentos insertados en una trama general, que funciona como argumento -eje o trama- pretexto de los cuentos que a lo largo de la misma se van sucediendo. En algún caso (esto se ve claro en el *Calila*) un cuento engendra otro, y éste un tercero, etc., con lo cual se complica enormemente la mecánica de regreso a la trama principal. Dada la intención adoctrinadora de tales relatos, unos dependen de los otros en orden a enseñar algo, a procurar instrucción sobre algún punto; de tal suerte que muchos de los personajes -se trate de seres humanos o de animales- necesitan *explicar* comportamientos y actitudes mediante la ilustración de los adecuados *exemplos*. No se crea, sin embargo, que tales

explicaciones suponen algo así como una caracterización psicológica de los personajes, ya que éstos funcionan como simples soportes de los relatos y tal condición conlleva la de una casi total despersonalización. Son los cuentos los que importan, y no los personajes puestos a su servicio, esos narradores que acertadamente han sido considerados por T. Todorov (con referencia, por ejemplo, a los de *Las mil y una noches*) como verdaderos *hommes-récits*, hombres-relatos¹⁸. Por otra parte, recuérdese que en la literatura oriental se suele asignar una función casi mágica al narrador. El poder de la palabra, manejada narrativamente, la fascinación del cuento, su capacidad retentiva, captadora, casi succionadora; el prestigio que confiere a quien lo relata; todo eso queda perfectamente encarnado en la Scherezada de *Las mil y una noches*. En tal colección de cuentos se ve con claridad hasta qué punto la técnica por la que unos relatos segregan otros, tejiéndose así complicados retículos narrativos, simboliza -a través de Scherezada- la continuidad de una existencia que se gana día a día, creada la necesidad del cuento cotidiano, alimentador de sueños y de fantasías¹⁹. Charlar sabe cualquiera, pero contar es ya un más raro privilegio, un más rico y hasta mágico don. La función mágica del cuento tiene su mejor símbolo en Scherezada, y todo el conjunto de *Las mil y una noches* es una desmesurada (oriental, al fin) apología del arte del relato como poder no concedido a todos los mortales.

De ese poder participan las colecciones de relatos que hemos situado, históricamente, en el marco de la cultura alfonsí: el *Calila e Dimna* y el *Sendebâr*. Si en el siglo siguiente, el XIV, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, comparará su *Libro de Buen Amor* con un instrumento musical que cada lector puede tañer a su gusto, para así extraer distintas melodías; el médico Berzebuey parte en el *Calila* a la India para allí buscar unas «yerbas» de las que extraer «melecinas con que resucitaran los muertos». Tras varias infructuosas pruebas descubre que son estos libros de apólogos, de cuentos, de «buenos castigos» los que equivalen a tales «yerbas»: «Et el uno de aquellos escriptos es aqueste libro de *Calila e Dimna*». Herbolario mágico, recetario prodigioso, este libro parece haber proporcionado tales lecciones a hombres de distintas razas y credos. No pocas de ellas se basan en la cautela, en la desconfianza. La cuentística oriental se configura a veces como un mundo en el que lucha ingenio contra ingenio, como una pugna de engaños y contra-engaños. Bastantes de estos cuentos alfonsíes tienen como motivo inspirador el de la falacia visual, el del que, cervantinamente, cabría llamar «engaño a los ojos»: el perro que pierde la tajada real por coger la reflejada en el agua del río; el león que se abalanza, engañado por una liebre, sobre el que cree poderoso rival, escondido en el fondo de un pozo; el ánade que consideró era trucha la luz de una estrella en el agua, etcétera.

W.B. CHORLEY
EL CONDE LUCANOR.
Compuesto por el excelentísimo príncipe
don Juan Manuel, hijo del Infante don Manuel,
y nieto del santo rey don Fernando.
Dirigido
Por Gonçalo de Argote y de Molina, al muy Illustre señor
DON PEDRO MANVEL
Gentil hombre de la Camara de su Ma-
gestad, y de su Consejo.



Impreso en Sevilla, en casa de Hernando
Diaz. Año de 1575.

CON PRIVILEGIO REAL.



Portada de una edición de *El conde Lucanor*, de don Juan Manuel (Sevilla, 1575)

Los cuentos del *Calila* y del *Sendebâr* se caracterizan por su esquematismo, no reñido sin embargo con el gusto tan oriental por las repeticiones, la reiteración de situaciones y de motivos. El «enxemplo del mercador del sândalo» en el *Sendebâr* o el de la «rata tornada en niña» en el *Calila* podrían ser representativos de tal tendencia. Se trata de unos cuentos en los que importa la anécdota, la trama, y a ella queda subordinado todo. La prosa castellana, en sus orígenes literarios entonces, resulta suficientemente expresiva, pese a las limitaciones de sus registros, para funcionar con cierta eficacia en tales empeños, si se piensa que el esquematismo, la desnudez ornamental, la atención al puro hueso de la anécdota son rasgos que no van mal al cuento, sino que, por el contrario, pueden, en cierto modo, contribuir a su pureza como tal. La atención prestada a estas narraciones, como fruto importante del ambiente cultural que suele identificarse con la figura del Rey Sabio, podría quedar justificada si se recuerda que este monarca es quien mejor parece personificar la fusión del mundo cristiano con el árabe. Esos cuentos del *Calila* y del *Sendebâr*, llegados a Europa desde la India a través de una complicada cadena de versiones, penetran en nuestra literatura justamente apoyados en una árabe.

Al ocuparse en 1877 A. Baquero de los elementos que forman el pueblo y el lenguaje murcianos, prestó gran atención al elemento árabe: «La influencia de los moros fue grande, efectivamente, en el lenguaje y en las costumbres de la clase que vivía con

ellos en más íntimo contacto: aún se ven sus huellas de un modo indudable, especialmente entre la gente de la Huerta, cuyos trajes, costumbres, maneras, habla y cantos, conservan muchas reminiscencias de aquel origen. Aquí los moros siendo necesarios fueron respetados. El primitivo odio de razas y de religiones se había entibiado bastante en el trato durante las treguas, y la guerra de conquista no tenía ya ni con mucho la intransigencia que en otros tiempos. Los moros siguieron viviendo tranquilos, diseminados por todo el reino. En muchos lugares ellos formaban casi por completo la población; en la Huerta estaban en grandísimo número; en la misma Murcia tenían un barrio entero populoso, con su mezquita, conservando cierta autonomía, pues por mucho tiempo hasta tuvieron (aunque sólo lo fuera en el nombre) su rey, vasallo del de Castilla, con sus rentas propias, que eran el tercio de las de Murcia»²⁰.

Tal evocación podría constituir un buen fondo a la hora de buscar el adecuado contexto histórico-cultural en que situar obras tan significativas como el *Calila* y el *Sendebár*; no porque pertenezcan a la literatura murciana, sino simplemente por lo que tienen de producto literario relacionado con ese mundo árabe que tanta y tan fuerte presencia tuvo en la Murcia medieval. ¿Puede incluirse en ella a uno de los más sabios colaboradores de Alfonso X, el llamado maestro Jofré o Jufré de Loaisa? Parece que su padre vino con Alfonso a la conquista de Murcia. Su hermano Garci Jufré de Loaisa fue adelantado mayor de Murcia en tiempo de Sancho IV. El maestro Jufré llegó a ser arcediano de Toledo y destacó entre las figuras que el Rey Sabio tuvo a su servicio en aquella ciudad y en su famosa escuela de traductores. Si no nació en Murcia, esta ciudad le viene considerando como suyo desde tiempo muy remoto. Francisco Cascales en sus *Discursos históricos* (1621) se ocupó de tal linaje; recordado en el nombre dado a uno de los más céntricos lugares de la capital murciana, la plaza, o más bien la plazuela de Jufré, conocidísimo enclave de la calle Platería.

Don Juan Manuel, adelantado del Reino de Murcia



El toque personal de que carecían las primeras manifestaciones del cuento medieval -*Calila* y *Sendebár*- va a dárselo, en el siglo XIV, don Juan Manuel con su *Libro de Patronio o del conde Lucanor*. Sobrino de Alfonso X el Sabio, puede considerarse vinculado a la literatura murciana no por su nacimiento -don Juan Manuel nació en Escalona (Toledo) en 1282; murió hacia 1349-, sino, al igual que su tío, por determinadas circunstancias de su vida, la más sobresaliente, el haber sido el primer adelantado del reino de Murcia.

«Don Juan Manuel vino de doce años -recuerda A. Baquero-, mandado por Sancho IV de adelantado mayor, cargo que conservó con ciertos intervalos hasta su muerte; y a poco de su venida bajo su pendón consiguen los murcianos una famosa victoria contra Aben-Zayen. Él defendió a Lorca por doña María de Molina contra los aragoneses. Después él capitaneó la gente murciana en los sitios de Gibraltar y Algeciras. En Murcia pasó mucha parte de su vida, como que

aquí tenía sus estados más importantes: Lorca, Jumilla, Cartagena, Elche, Molina, Alhama, etc.; y en sus decididos vasallos murcianos apoyaba principalmente la influencia con que figuró por tanto tiempo en primera línea en los disturbios de Castilla. Las banderías de Murcia, que duran hasta el tiempo de Enrique III, con don Juan Manuel empiezan, y se sostienen por sus parientes, que siguen en Murcia monopolizando los altos puestos y queriendo siempre imponerse con su numeroso partido»²¹.

En muy temprana edad, pues, pasó don Juan Manuel a Murcia, «a tener frontera con los moros»²², y en tierras murcianas tuvieron lugar no pocos de los azarosos hechos de la vida del escritor. Justamente en Murcia se conserva el que F. J. Sánchez Cantón consideraba «quizá el primer retrato pintado que de un escritor español se conserva»²³, incluido en el retablo de Santa Lucía de la catedral de Murcia, obra de Bernabé de Módena (hacia 1400). En la parte inferior de tal retablo aparece el supuesto retrato de don Juan Manuel, con barba y largos cabellos, en actitud orante. Al lado opuesto y en la misma actitud orante aparece una hija del escritor. Tales atribuciones han sido, alguna vez, discutidas y rechazadas. Su más caracterizado defensor, Sánchez Cantón, describe así la efigie del escritor: «sus ojos son hermosos y rasgados, fina y larga la nariz; nobles las facciones, que expresan inteligencia, energía y desengaño»²⁴.

El más importante libro de don Juan Manuel, el frecuentemente comparado con el *Decamerón* en la literatura italiana o con los *Cuentos de Canterbury* en la inglesa, es *El conde Lucanor*, concluido, según nos dice el propio autor en las últimas líneas, en tierras de Murcia, en un castillo ganado a los moros: «Et acabólo don Iohan en Salmerón, lunes, XII días de junio, era de mil et CCC et LXX et tres años». Y en la introducción de tal libro el escritor se presenta como «yo, don Iohan, fijo del infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera et del regno de Murcia». Y así como el Berzebuey del *Calila* consideraba que los cuentos de tal colección no eran otra cosa que las mágicas hierbas proporcionadoras de la salud, que se encontraban en la India, don Juan Manuel, en el citado prólogo, dice haber procedido como «fazen los físicos, que quando quieren fazer alguna melezina que aproveche al fígado, por razón que naturalmente el fígado se paga de las cosas dulces, mezclan con aquella melezina que quieren melezinar el fígado, açucar o miel o alguna cosa dulce; et por el pagamiento que el fígado a de la cosa dulce, en tirándola para sí, lieva con ella la melezina quel a de aprovechar [...] Et a esta semeiança, con la merçed de Dios, será fecho este libro, et los que lo leyeren si por su voluntad tomaren plazer de las cosas provechosas que y fallaren, será bien; et aun los que lo tan bien non entendieren, non podrán escusar que, en leyendo el libro, por las palabras falagueras et apuestas que en él fallarán, que non ayan a leer las cosas provechosas que son y mezcladas, et aunque ellos non lo deseen, aprovecharse an déllas, así como el fígado et los otros miembros dichos se aprovechan de las melezinas que son mezcladas con las cosas de que se ellos pagan».

lla. r. de leon de muy esclarecida memoria padre de nra muy y lla
strissima señora la Reyna doña yfabel q en aq̄l tpo hera viuo qn/
do el dicho libro bordeno q se llamase. r. titulse rey de españa de
xando todos los otros titulos que ponía en su dscrato. l. dontra.
do señoz esta breue escriptura copie. r. vngi a vos para que la ve
ades. r. vean los que q̄ran. E si necesario sera q̄ la fagades poner
en el archino de v̄ro ayuntamiento. por que si calo per uiente. r. o
curriente pudiese acontecer de venir el dicho caso de suso narrado
r. de aver de yr para ello procuradores a coate llamados como se
fuele. r. acostumbra fazer. leuãdo consigo este memorial de escripta
podria en vno cõ los otros sus colegas procuradores dlas otras
ciudades proueer. r. pensar lo que sobre este caso con maduro. r. di
creto consejo se deuiere fazer que mas cumplido fuese aseruiçio d
dios. r. de los dichos Reyes. r. principe su hijo nros señores. r. re
gnos. r. señorios d españa que agora señozian. r. tienen y esperan
a ver. r. nro señoz cõ serue. r. guarde v̄ra honrada p̄sona. r. estado
como por vos es deseado a su seruiçio. escripta en murcia a. xviii.
de julio año d mil. cccc. lxxxiij.

En v̄ro honor. r. mado presto
diego rodriguez de almela ca
nonigo de carragena.

En gloria. r. alabanca de nro saluador. y redemptor ih̄u xp̄o. fue
este libro que es llamado el tractado de las batallas campales sca
bado con otros dos tractados en la muy noble. r. leal ciudad de
murcia por manos de maestro. Lope d la roca aleman. Impresos
de libros lunes a. xxviij. dias d mayo año de mil. r. cccc. lxxxiij
años.

DEO OPTIMO MAXIMO

Colofón del incunable murciano *Tratado de las Batallas campales*, de Diego Rodríguez de Almela (1487)

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

